

En el horizonte
cercano del Viernes
Santo, la silueta
de Dios funde a muerte
sobre un primer plano
de nubes y hieles.

Cuaresma. Plegaria
y ayunos. Doliente
liturgia de ritos
y Oficios solemnes.

En las catedrales
de belleza agreste
cuesta arriba sube,
cuesta abajo viene
como una oleada
del órgano, el siempre
grave y hondo acorde
de los Misereres...

JUAN G. RODRIGUEZ



Salamanca, 1962

POR LA ALTA EXTREMADURA

PANORAMAS HISTORIOGRÁFICOS

por Gregorio GALLEGO CEPEDA

APRIETA el sol de firme sobre la solana de la sierra. Hemos subido lentamente hasta la cumbre donde está emplazado el Castillo de Portezuelo y apoyados de codos sobre sus almenas oteamos el inmenso panorama que enmarca un horizonte de nubes algodanosas orladas por el oro amarillo del poniente. El verde plata de las encinas amortigua el reverbero de luz que el sol implacable vierte sin tasa ni medida, y, allá, en el fondo de la llanura inmensa, se desliza por el mordido cauce, angosto y profundo, las aguas del Tajo, bisectriz de Hispania, ruta celtibérica, manantial de romanidad a caballo de puentes eternos, donde surgen alabastros, columnas, estatuas... reliquias!

Este paisaje de Extremadura, índice contemplativo de españolismo sustancial y sincero, contrasta con la femineidad paisajística de los valles serranos que cierran el horizonte por el Norte. Valles lujuriantes de verdura agarrados como sinapismos a las piernas de los colosos gigantes de Gredos y Gata. Valles donde el Jerte riega un paraíso que es caricia para la vista y perfume para el sosiego de las almas, Valle del Tiétar; rincón apacible y fecundo, gracioso y ubérrimo, saturado de renunciadas imperiales. Valle de las Granadillas. Transierra leonesa en la vertiente meridional de esta Vetonia milenaria, regada por gargantas serranas que bajan de los picachos enhiestos de las cumbres hurdanas, de las sierras de Hálama morisca, de Pinajarro hervasense, de los arroyos lípidos de Gata...!

Estos Valles, separada su uniforme trinidad por los pliegues gigantes del coloso crestón medular de la Península, que es la Carpetovetónica, regalan a Extremadura la dulzura de su clima invernal, al abrigo de los cierzos castellanos, y siembra de vergeles fascinantes las suaves laderas en la que se asientan refugios imperiales como el de Yuste; residencias de epicúreos patricios romanos, como Caecilio-Vico y Cáparra; jardines medievales sembrados de naranjos y perfumados de azahar como Acebo y Trevejo; ciudades milenarias, que aun perviven en la gozosa placidez de su envidiable acomodación geográfica como Plasencia, Gata...!

Resbala la llanura al remanso de los alcores y suceden a las vertientes serranas las mansas tierras del pan y los amplios horizontes de encinares extensos. Enseñorea su majeza morisca y romana esa joya arqueológica que se mira ruborosa en el espejo del Alagón, donde refleja la pétreo mole de su Catedral y el hechizo agareno de su Alcázar: Coria, la Deseada...

Y desde este Castillo de Portezuelo, en lo alto de la microcordillera que allá, a lo lejos, desprendiéndose de los Montes de Toledo, se agacha y angosta en Monfrágüe para dar paso al Tajo y se vuelve a encrestar alzando sus cresterías en Mirabel, Casas de Millán, Pedroso, Portezuelo, Portaje y Acehuche, para internarse en Portugal llegando a la Sierra de la Estrella, vemos cómo se cierra por el Sur la penillanura del Alagón. Y en esta sierra, vemos el escenario de acomodación geográfica donde localizamos el paso de culturas ancestrales con cuyos restos, exhumados y catalogados convenientemente, hemos formado un cuerpo de doctrina histórica, que es, y forma, el ensayo que poscede, monográfica exposición de nuestros descubrimientos.

Sucinta relación de los descubrimientos arqueológicos llevados a cabo en el término de PORTEZUELO (Cáceres)

Registrada ya por Mérida en el Catálogo Monumental de España, la gruta o cueva de «La Gulera», emplazada en las proximidades del pueblo de Portezuelo, de la provincia de Cáceres, no podemos nosotros empezar nuestro trabajo sin hacer mención a tan autorizada reseña, ya que este solo hecho encomia la importancia de nuestros afanes arqueológicos, dirigidos a estudiar con todo detalle, no sólo la mencionada cueva, sino todos sus alrededores, en busca de restos, datos o signos que aclaren algo lo que fue la vida del hombre en las remotas edades de nuestra prehistoria y protohistoria extremeñas.

La sierra donde esta gruta se encuentra, es una larga cordillera de poca altura que, desprendiéndose de la sierra de Mirabel, cruza los términos de Cañaveral, Pedroso de Acím, Portezuelo, Portaje y Acehuche, prolongándose a continuación hasta alcanzar la Sierra de la Estrella en Portugal.

En la parte Sur del puehlo de Portezuelo, y a unos trescientos metros, corta la sierra antes mencionada un pequeño desfiladero en cuya cumbre se alza el castillo que lleva el nombre del pueblo, y que según todos los antecedentes recogidos, fue edificado por los árabes a fines del siglo IX o a principios del X. Al fondo de este desfiladero corre un arroyo denominado del Castillo; frente al castillo, en la margen opuesta del arroyo, y en la media altura del muro rocoso que forma la ladera opuesta, está excavada la gruta en plano casi vertical al arroyo. Desde el fondo hasta la entrada de ella hay unos veinte metros.

Denominada «Cueva de la Gulera» por los naturales (Gulera es degeneración de Bulera o Bulanera, nombre que se da a todo agujero natural o artificial en esta región), consta en su entrada de un deslizamiento casi vertical de unos tres metros, a cuya superior terminación, se abre el agujero de la cueva propiamente dicha. Se entra en ésta con comodidad hasta el centro, donde se alza una columna maciza de metro y medio de altura, un tanto inclinada y que ha sido excavada artificialmente aprovechando la orientación casi vertical del sinclinal rocoso que la constituye. Desde este punto, la cueva sigue en dirección oblicua casi semicircular, orientada en sentido izquierdo y hacia el centro de la montaña. Su altura baja a partir de la columna a poco más de un metro y veinticinco centímetros. Desde la entrada mide en toda su extensión unos ocho metros, y su anchura es variable, desde dos y medio a la entrada hasta terminar en uno en el fondo de ella.

Se impone como condición precisa para el estudio arqueológico de esta cueva una serie de factores que pudieran determinar, si no su exacta catalogación encuadrándola en un tipo de cultura determinada, sí darnos una visión aproximada de su temporal aprovechamiento por el hombre en los remotos tiempos de la Prehistoria.

Siguiendo la ruta de invasión, marcada por el ilustre arqueólogo doctor Sayans, en nuestra Alta Extremadura de los hombres del neolítico, iberomaauritanos o iberosaharianos, huidos de Africa por la desecación paulatina del Norte y Centro (actual desierto de Sahara), y arribados a la Península por la parte Sur y Oeste de Portugal, es muy comprensible, que no sólo lo hicieran por las cordilleras marcadas por dicho arqueólogo, sino que clanes o tribus segregadas del grupo general de invasores, aprovecharan otras cordilleras más al Sur para realizar su deslizamiento por nuestra tierra, siguiendo la sierra que, arrancando de la de la Estrella de Portugal, se deslizaran en dirección un poco al Sureste hasta alcanzar la cordillera Oretana, formando las sierras de Santa Marina, Mirabel y Serradilla, donde cruza el Tajo para penetrar en los Montes de Toledo. Esta ruta puede considerarse como una desviación de la general que siguió desde la Sierra de la Estrella de Portugal, las Mesas, Sierra de Gata, Peña de Francia, entra en las sierras de Hervás y cruza los valles de las Granadillas, el del Jerte y el del Tiétar, en busca del Manzanares, en el centro de la Península.

El paso de estos hombres a través de la cordillera, que se realizó de una manera lenta y escalonada, dio lugar a la formación de establecimientos más o menos estables, según las condiciones de habitabilidad o seguridad del terreno de tránsito. Esto nos hace suponer que, aprovechándose de las excelentes condiciones de situación y emplazamiento de la cueva natural que existía, fue ésta ampliada hasta quedarla en el estado que hoy se encuentra, ya que su construcción o agrandamiento no pudo haber sido hecho con herramientas líticas, como lo demuestra el picado de las paredes de la caverna, sino que fueron empleadas herramientas metálicas propias ya de la Edad del Bronce.

Nos falta hacer una exploración concienzuda, con excavaciones, al objeto de indagar con plenitud de posibilidades. De esa manera veremos si, en distintos niveles, existen rastros que nos aclaren qué clase de hombres la habitaron ya que de los útiles o industria que aparezcan, deduciremos las consecuencias arqueológicas que aclaren las dudas.

Lo que sí se puede asegurar, es que la cueva estuvo habitada, y fue agrandada por estos hombres del neolítico coincidente con la primera (?) Edad del Bronce. Pero, ¿fue habitada con anterioridad? A esta pregunta solo podrá contestarse después de haber hecho las excavaciones pertinentes.

Y ya es gran cosa, encontrar en esta tierra extremeña motivo de preocupación que interese el estudio arqueológico de una etapa tan poco conocida, y que tan pocos rastros dejó, como es el arcaico periodo paleolítico.

Muy próxima a la «Cueva de la Gulera», en la cima del risco donde ésta se encuentra situada, hemos localizado un habitáculo céltico completamente circular. Solo aparecen los cimientos y en bastante extensión el muro de construcción alcanza cerca de medio metro de altura.

La situación topográfica de este habitáculo, colocado en la cima de uno de los contrafuertes que cierran el paso del puerto, supone una estratégica situación o acomodación defensiva. Situación que fue aprovechada con posterioridad, ya que los árabes, antes de la construcción en el siglo IX del Castillo de Portezuelo, situado en la cima opuesta del puerto, trataron de construirlo en este lugar, y allí acumularon la piedra necesaria, que junto con la cal, constituía la argamasa de sus enormes tapiales que formaban los muros. Idea de construcción que fue deshechada por motivos que desconocemos; pero que ahí quedaron sus grandes amontonamientos de piedras, como señal de que allí trató de construirse. Pues bien, ya los celtas, mil quinientos años antes que los árabes, habían edificado un baluarte de defensa arriado a la «Cueva de la Gulera».

Siguiendo la cordillera en dirección Oeste, y al llegar a la Portilla del Agua (aproximadamente a dos kilómetros), nos hallamos la que creemos una citania romana asentada sobre habitáculos celtibéricos. Ya en otra parte hemos escrito por extenso sobre esta citania. Ahora expondremos a grandes rasgos sus más salientes características, por orden de presentación.

ROMANAS. — Existen todos los cimientos de edificaciones. Se delimitan perfectamente sus calles y edificios aislados. Hay restos de lo que consideramos un Templo. Hemos catalogado monedas encontradas (in situ) coincidiendo cronológicamente con el siglo I (a. de J. C.) hasta el siglo IV (d. de J. C.), siendo todas romanas. Hemos exhumado hasta doce sepulturas, que, todas sin excepción, habían sido ya profanadas. En ellas hemos encontrado tégalas y ladrillos que sirvieron de tapadera, y restos de cerámica variada. También hemos encontrado entre otros objetos, fibulas, trozos de pilum, y una hebilla de plata maciza de preciosa y perfecta construcción. Esta hebilla ha sido catalogada por el doctor Martín Almagro como correspondiente a un tardorromano o visigodo. Según previas afirmaciones, aun sin constatar, dicho arqueólogo supone la datación cronológica de la necrópolis como visigoda. También hemos encontrado puntas de flechas y multitud de trozos de vasijas de barro y otros objetos de alfarería.

CELTIBERICOS. - Que esta citania romana está asentada sobre un nivel cultural celtibérico lo demuestra, en primer lugar, su acrópolis labrada en arenisca, con sus lienzos derruidos, pero que conservan aun su primitiva disposición de Templo de ofrendas, y su expositorio, donde los cadáveres eran expuestos a la voracidad de las aves, costumbre celtibérica plenamente demostrada. También demuestran su origen céltico las cistas de incineración que hemos hallado, y cuya vasija enviamos en su día al Museo Arqueológico de Cáceres. Cista de tipo argarico plenamente céltico.

En el museo que hemos instalado en la Biblioteca Pública Municipal de Portezuelo, situado en las Escuelas Nacionales de dicho pueblo, hemos ido colocando debidamente catalogados, todos los objetos hallados en nuestras prospecciones, y allí seguirán depositadas las muestras que encontremos, para que sirvan de referencia, de estudio y de justificación de nuestros afanes.

También hallamos muy cerca de esta citania romano-celtibérica, siguiendo la misma cordillera, y no más que a un kilómetro de distancia, una muestra del megalitismo tan frecuente en el Occidente de la Península. Se trata de un cazadero megalítico. De ese cazadero ya he escrito con anterioridad por extenso. Resumiré aquí lo más esencial.

Se trata de una colocación de grandes piedras en forma de V que ocupan las dos laderas de una portilla natural que abre paso de Norte a Sur la cordillera. Esta colocación estratégica de las grandes piedras, termina en el vértice del ángulo, y allí se abre un recinto circular donde indefectiblemente venían a parar las reses objeto de la caza de aquellos primitivos cazadores, previamente ojeadas para hacerlas entrar en el gran abanico que constituía el cazadero.

Revela este megalitismo, que esta región fue plenamente habitada en el periodo neolítico, y que no solo fue habitada de paso por el hombre de aquella época, sino que lo fue con carácter de estabilidad, ya que estas construcciones revelan una estancia continuada.

Hemos hallado cerca de este cazadero, y también en las proximidades de la «Cueva de la Gulera», hachas neolíticas que conservamos en nuestro museo. También han sido encontrados ídolos fálicos en abundancia, siendo éstos de variados tamaños. La parte posterior de un hacha neolítica terminada en punta, que serviría como arma contundente y agresiva.

Y no terminan aquí las manifestaciones prehistóricas o protohistóricas de esta zona. Creemos haber encontrado los restos de un sepulcro o cámara en cúpula en el cerro de «Turuñuelo». Este ha sido profanado y casi destrozado, quedando solo vestigios de su existencia. Supongo que una sepultura antropomorfa excavada en roca por completo, que conserva la forma de ataúd, y está sirviendo en una fragua de la localidad de depósito de agua para enfriar los hierros al rojo, ha sido traída precisamente de la sepultura en cúpula que reseño.

Signe constituyendo un enigma el trazado de la Vía Dalmacia. Vía que sirvió en el Medioevo como paso obligado por los Reyes de León en sus incursiones a tierras del Tajo - pero que en tiempos romanos unía Túrmlus (Alconétar) con Miróbriga (Ciudad Rodrigo), pasando por Cauria (Coria) y Catóbriga (Gata) - . Esta Vía, que sin duda alguna pasaba por Portezuelo, nos inclinamos a creer que lo hacía por la citania romana reseñada anteriormente, ya que solo un par de kilómetros separan este sitio del actual pueblo, y que, dado el carácter terreno de dicha Vía, ha desaparecido su trazado completamente.

Al no poder hacer excavaciones en forma sistemática y con amplitud de miras, nos impide poner al descubierto lo que encierre este yacimiento de reliquias arqueológicas. Esperamos poder continuar nuestros estudios, con la ayuda que se nos preste, pues hemos elevado una instancia al Presidente de la Excelentísima Diputación Provincial, para que, con cargo a las consignaciones de sus Servicios Culturales, se nos subvencione económicamente, al objeto antes expuesto.

Navalmoral de la Mata

ESTOY solo en la Piedra Caballera, mirando
el hervir de tu casta doncellez de techumbres.
Nos separa una brisa y una nube, esperando
que con lánguidas luces el camino le alumbres.

Pueblo mío, amigo de quietud y de calma;
despojado de rayos de ciudad, despojado
de renombre, de historia, de solera... Mi alma
de tí sueña la imagen de un palacio encantado.

Yo no te quiero grande de verdad. Yo te quiero
grande, sólo en mi boca amante y mentirosa.
Pequeño... eres más dulce, más niño, más sincero
más fugaz y más íntimo, como una mariposa.

Desde el llano, me muestras tu desnudo luciente,
digno de los pinceles de Zuloaga o Sorolla.
Tu desnudo de tejas, de muchacha inocente,
de enjalbegadas carnes, de redondez de olla.

El humo son tus ansias; el silencio, tu vida.
El rebuzno, y el canto del gallo, tu vivencia.
El moral y el olivo, tu ajuar de prometida.
Las tardes y las noches druídicas, tu esencia.

Desde la Piedra - Cíclope que Ulises dejó ciego - ,
hundida en ese llano, torso de Extremadura,
sube hasta mí tu aroma de pubertad y espliego,
Navalmoral, que todo me llenas de ternura.

Eres pozo, eres cuna, eres tumba y amigo;
eres latido de corazón enamorado.